

REBELDE

BERNARD CORNWELL

REBELDE

LAS CRÓNICAS DE STARBUCK I

Traducción de Francisco Rodríguez de Lecea



Consulte nuestra página web: www.edhasa.com
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Rebel. The Starbuck Chronicles (volume I)*

Diseño de la cubierta: Enrique Iborra

© Ilustración de la cubierta: The Hide Tide, by Mort Künstler
(C) 1993 Mort Künstler, INC. www.mkunstler.com

Primera edición: mayo de 2011

© Bernard Cornwell, 1993

© de la traducción: Francisco Rodríguez de Lecea, 2011

© Edhasa, 2011

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad 6
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-6222-0

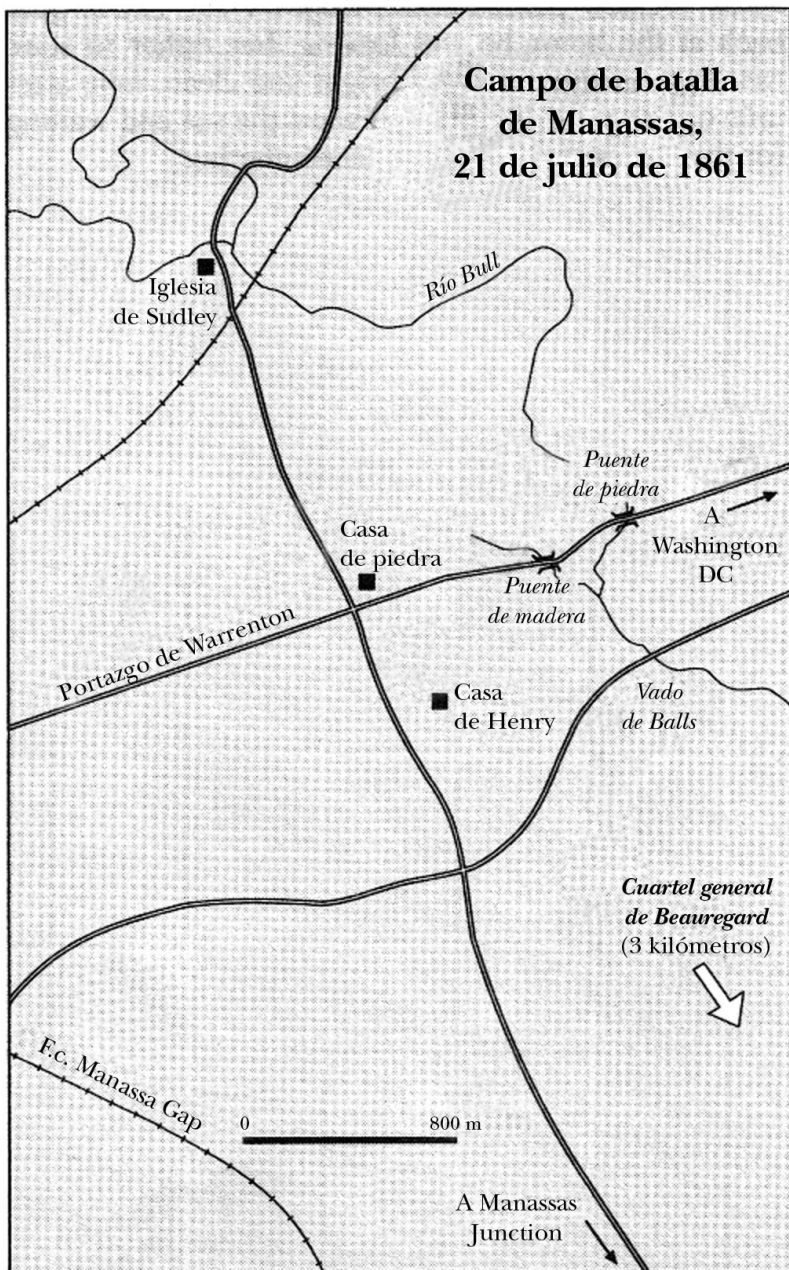
Impreso en Top Printer

Depósito legal: M-15.523-2011

Impreso en España

*Dedico Rebelde a Alex y Kathy de Jonge, que me abrieron
las puertas de Virginia, el «Old Dominion».*

Campo de batalla de Manassas, 21 de julio de 1861



PRIMERA PARTE

El joven quedó bloqueado en el extremo de Shockoe Slip por el gentío que se había reunido en Cary Street. Había intuido que habría problemas e intentó evitarlos metiéndose en un callejón detrás del Almacén de Tabaco Kerr, pero un perro guardián encadenado se abalanzó sobre él y le obligó a volver a la empinada cuesta adoquinada. Allí lo rodeó la multitud.

—¿Va usted a alguna parte, señor? —le abordó de pronto un hombre.

El joven asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Era alto y delgado, con largos cabellos negros y rostro bien afeitado, de planos lisos y ángulos agudos, aunque en el momento presente su buen aspecto se veía algo ajado por la falta de sueño. Su tez era aceitunada, lo que acentuaba el color de sus ojos, del mismo tono gris del mar neblinoso de Nantucket, de donde procedían sus antepasados. En una mano llevaba un paquete de libros atado con una cuerda de cáñamo, y en la otra un maletín con un asa rota. Vestía ropas de buena calidad, pero desgastadas y sucias como las de un hombre en horas bajas en cuanto a suerte. No mostró aprensión delante de la multitud que lo rodeaba, sino que pareció resignarse a su hostilidad, como a otra cruz que se veía obligado a soportar.

—¿Se ha enterado de la noticia, señor?

El portavoz del gentío era un hombre calvo con un delantal manchado que olía a curtiduría.

Una vez más, el joven hizo un gesto de asentimiento. No era necesario preguntar a qué noticia se refería, porque sólo había un acontecimiento capaz de crear tanta efervescencia en las calles de Richmond. Fort Sumter había caído, y la noticia, la esperanza y el temor de una guerra civil electrizaban a todos los Estados de América.

—¿De dónde viene usted? —preguntó el hombre calvo, que agarró de la manga al joven como para forzar la respuesta.

—¡Quíteme las manos de encima!

El joven alto tenía mal genio.

—Le he hecho una pregunta con educación —dijo el hombre calvo, pero de todos modos soltó la manga.

El joven intentó dar media vuelta, pero la multitud le cerró el paso con tanta determinación que se vio forzado a volver a cruzar la calle en dirección al Columbian Hotel, donde un hombre mayor, vestido con ropas respetables aunque desordenadas, había sido atado a la reja de hierro forjado que protegía las ventanas de la planta baja del hotel. El joven no era aún prisionero de la multitud, pero mientras no pudiera satisfacer de alguna manera su curiosidad, no podía sentirse libre.

—¿Tiene papeles? —gritó otro hombre tan cerca de su cara que pudo oler su aliento.

—¿Te has quedado mudo, hijo?

Todos aquellos hombres parecían apestar a whisky y a tabaco. El joven hizo otro esfuerzo por abrirse paso entre sus perseguidores e impedir que lo bloquearan contra una de las columnas del porche del hotel. Era media mañana de un día cálido de primavera. El cielo estaba despejado, a pesar

de que el humo negro de la fundición de Tredegar, de los molinos de Gallegoe y de la fábrica de estufas de Asa Snyder, más el de las factorías de tabaco, la Fundición Talbott y la Compañía de Gas de la ciudad, formara un espeso velo que dibujaba un halo alrededor del sol. Un carretero negro que conducía su vehículo vacío desde los muelles de la Fundición Samson and Pae observaba sin ninguna expresión la escena desde lo alto del pescante. El gentío le impedía dar la vuelta con sus caballos a la salida de Shockoe Slip, pero el hombre era demasiado prudente para protestar.

—¿De dónde eres, chico? —El curtidor calvo plantó su cara delante de la del joven—. ¿Cómo te llamas?

—No es asunto tuyo.

El tono era desafiante.

—¡Lo vamos a averiguar!

El calvo echó mano al paquete de libros y tiró de él para quedárselo. Durante un momento hubo un forcejeo de resultado indeciso, luego la cuerda que sujetaba los libros se rompió y los volúmenes rodaron por los adoquines. El calvo se echó a reír al ver lo ocurrido, y el joven le golpeó. Fue un buen golpe, duro, que hizo perder el equilibrio al calvo: se tambaleó hacia atrás y a punto estuvo de caer al suelo.

Alguien aplaudió al joven, admirando su ánimo. Había unas doscientas personas en el grupo que se había formado, más unos cincuenta mirones a los que aquel acoso desagradaba en parte, pero que, en parte también, lo aprobaban. La multitud se mostraba más traviesa que hostil, como unos niños a los que se les hubiera dado un recreo inesperado en la escuela. Muchos de ellos vestían sus ropas de trabajo, lo que indicaba que habían utilizado la noticia de la caída de Fort Sumter como excusa para aban-

donar sus banquetas, sus tornos o sus prensas. Querían un poco de diversión, y los norteños de paso atrapados en las calles de la ciudad eran quienes mejor podían proporcionarles esa diversión.

El hombre calvo se frotó la cara. Había perdido dignidad ante sus amigos y quería vengarse.

–Te he hecho una pregunta, chico.

–Y yo le he contestado que no es asunto suyo.

El joven intentaba recoger sus libros, pero dos o tres ya le habían sido arrebatados. El hombre atado a los barrotes de la ventana del hotel observaba en silencio la escena.

–De modo que, ¿de dónde vienes, muchacho? –preguntó un hombre alto, pero en tono conciliador, como si ofreciera al joven la oportunidad de una salida digna.

–De Faulconer Court House.

El joven percibió y aceptó la nota conciliadora. Supuso que otros forasteros habían sido antes abordados por aquella multitud, interrogados y luego dejados marchar, y que si no perdía la cabeza podría evitar el destino, fuera cual fuese, que aguardaba al hombre de mediana edad atado ya a los barrotes.

–¿Faulconer Court House? –preguntó el hombre alto.

–Sí.

–¿Tu nombre?

–Baskerville. –Acababa de leer el nombre en la muestra de una tienda al otro lado de la calle: «Bacon y Baskerville», se leía en la muestra, y el joven se aferró aliviado a aquel nombre–: Nathaniel Baskerville.

Embellació la mentira con su nombre de pila real.

–No pareces virginiano, Baskerville –dijo el hombre alto.

–Sólo lo soy de adopción.

Su vocabulario, como los libros que cargaba, indicaban que el joven era una persona educada.

–¿Y qué es lo que haces en Faulconer County, chico?
–preguntó otro hombre.

–Trabajo para Washington Faulconer.

De nuevo el joven habló en tono desafiante, esperando que el nombre serviría de talismán para protegerle.

–¡Será mejor dejarlo marchar, Don! –gritó un hombre.

–¡Dejadlo en paz! –intervino una mujer. No le importaba que el chico reclamara la protección de uno de los terratenientes más ricos de Virginia; más bien se sintió conmovida por la angustia que leyó en sus ojos y por el hecho innegable de que el cautivo de la multitud era muy guapo. Las mujeres siempre se fijaban de inmediato en Nathaniel, pero él era demasiado inexperto para darse cuenta del interés que despertaba.

–Eres un yanqui, muchacho, ¿a que sí? –le provocó el hombre alto.

–Ya no.

–¿Desde hace cuánto tiempo estás en Faulconer County? –Era otra vez el curtidor.

–Desde hace mucho.

La mentira empezaba a perder coherencia. Nathaniel nunca había visitado Faulconer County, aunque sí conocía al habitante más rico del condado, Washington Faulconer, cuyo hijo era su amigo más íntimo.

–Dime entonces qué población queda a medio camino de aquí a Faulconer Court House –le preguntó el curtidor, ansioso aún de venganza.

–¡Contéstale! –aulló el hombre alto.

El silencio de Nathaniel reveló su ignorancia.

–¡Es un espía! –gritó una mujer.

—¡Bastardo!

El curtidor se movió deprisa e intentó golpear a Nathaniel, pero el joven vio el amago y se echó a un lado. Luego plantó su puño en la oreja del hombre calvo, y enterró el otro puño en sus costillas. Fue como golpear a un puerco destazado, para el efecto que hizo. Inmediatamente después, una docena de hombres se abalanzaron sobre Nathaniel y lo golpearon; un puño impactó en su ojo y otro le hizo sangrar por la nariz y lo lanzó contra la pared del hotel. Le arrebataron el maletín, los libros desaparecieron, y un hombre le desgarró de un tirón la levita y dejó a la vista su cartera. Nathaniel intentó evitar el robo, pero se vio acogotado e impotente. La nariz le sangraba y el ojo empezó a hincharse. El carretero negro lo observaba todo sin expresión, y tampoco mostró la menor reacción cuando una docena de hombres se dirigieron a su carromato y le obligaron a apearse del pescante. Los hombres saltaron luego al interior del carro y gritaron que iban a Franklin Street, donde una cuadrilla estaba reparando la carretera. La multitud se apartó y dejó que el carromato girase mientras el carretero negro, procurando pasar inadvertido, se abrió paso hacia el exterior del grupo para desaparecer luego a paso ligero.

Nathaniel había sido empujado contra la ventana. Le retorcieron las manos para pasarlas por entre los barrotes rematados en punta y las ataron con cuerdas a aquella jaula de hierro. Vio cómo uno de sus libros desaparecía por el sumidero, con el lomo roto y las páginas que revoloteaban sueltas. La multitud abrió por la fuerza el maletín, pero dentro no había nada de valor, sólo una navaja de afeitar y dos libros más.

—¿De dónde es usted?

El hombre de mediana edad atado al lado de Nathaniel debió de ofrecer un aspecto muy digno antes de que la ruidosa multitud lo atara a los barrotes. Era un hombre grueso y bastante calvo, y vestía una levita de paño caro.

–Vengo de Boston. –Nathaniel procuró ignorar a una mujer borracha que hacía gestos burlones delante de él, blandiendo una botella–. ¿Y usted, señor?

–Filadelfia. Sólo pensaba pasar aquí unas horas. Dejé mis cosas en la consigna del ferrocarril porque quería echar una ojeada a la ciudad. Me interesa la arquitectura religiosa, ya ve, y deseaba ver la iglesia episcopaliana de Saint Paul. –El hombre sacudió la cabeza pesaroso, y luego miró de nuevo a Nathaniel con un titubeo–. ¿Tiene rota la nariz?

–Creo que no.

La sangre que le brotaba de las ventanas de la nariz tenía un gusto salado en los labios de Nathaniel.

–Le va a quedar un ojo negro bastante llamativo, hijo. Pero he disfrutado al verle pelear. ¿Puedo preguntarle su profesión?

–Soy estudiante, señor. En el Yale College... O lo era.

–Yo soy el doctor Morley Burroughs. Dentista.

–Starbuck, Nathaniel Starbuck.

Nathaniel Starbuck no vio ninguna necesidad de ocultar su nombre al hombre atado a su lado.

–¡Starbuck! –El dentista repitió el nombre en un tono que implicaba que lo reconocía–. ¿Es usted pariente...?

–Sí.

–Entonces espero que no lo descubran –dijo el dentista, ceñudo.

–¿Qué van a hacer con nosotros?

Starbuck no podía creer que se encontrara realmente en peligro. ¡Estaba en el centro mismo de una ciudad

americana, en plena luz del día! Cerca de allí había alguaciles, magistrados, iglesias, escuelas. Esto era América, no México ni Cathay.

El dentista tiró de sus ataduras, se relajó, tiró de nuevo.

—Por lo que decían de la reparación de carreteras, hijo, apuesto por el alquitrán y las plumas, pero ¿y si averiguan que es usted un Starbuck?

El dentista parecía esperanzado a medias, como si en ese caso la animosidad de la multitud fuera a volcarse por entero en Starbuck y él pudiera salir bien librado.

La botella de la mujer borracha se estrelló en el suelo de la calle. Otras dos mujeres se repartían entre ellas las camisas sucias de Starbuck, mientras un hombre bajito con gafas curioseaba los papeles de la cartera de bolsillo que le había arrebatado. Había poco dinero en ella, sólo cuatro dólares, pero Starbuck no tenía miedo de perderlos. Lo que sí temía era que descubriesen su nombre, escrito en la docena de cartas que guardaba en la cartera. El hombre bajito había encontrado una de las cartas, y ahora la desplegó, la leyó, le dio la vuelta, volvió a leer. No había nada privado en la carta, sólo confirmaba la hora de salida de un tren en Penn Central Road, pero el nombre de Starbuck estaba escrito en el sobre, y el hombrecillo lo había visto. Dirigió la vista hacia Starbuck, luego a la carta, luego de nuevo hacia el joven.

—¿Se llama usted Starbuck? —preguntó en voz alta.

Starbuck no contestó.

La multitud olió la diversión y volvió su atención a los prisioneros. Un hombre barbudo de cara colorada, forzado y más alto incluso que Starbuck, se hizo cargo del interrogatorio.

—¿Te llamas Starbuck?

Starbuck miró a su alrededor, pero no había ayuda a la vista. Los alguaciles dejaban a la multitud a su albedrío, y aunque varias personas de aspecto respetable se habían asomado a las ventanas de sus casas en el lado más alejado de Cary Street, ninguna hizo nada para detener el acoso. Algunas mujeres parecían compadecerse de su situación, pero se veían impotentes para prestarle alguna ayuda. Un eclesiástico con sotana y alzacuello gravitaba por los alrededores del gentío; aun así, en la calle el ardor del whisky y de la pasión política era demasiado fuerte para que un hombre de Dios pudiera hacer algún bien, y en consecuencia el clérigo se limitó a emitir pequeños e ineficaces gritos de protesta fácilmente ahogados por los roncros alaridos de los participantes.

—¡Te han hecho una pregunta, chico!

El hombre de la cara colorada agarró la corbata de Starbuck y tironeó de tal forma que la doble lazada que rodeaba el cuello de Starbuck se apretó de una forma horrible.

—¿Te llamas Starbuck? —aulló, y salpicó la cara del joven de saliva que apestaba a alcohol y tabaco.

—Sí.

No tenía sentido negarlo. La carta iba dirigida a él, y una veintena más de papeles de su equipaje mencionaban su nombre, como también sus camisas llevaban cosido en la parte interior del cuello el nombre fatal.

—¿Y tienes algún parentesco con...?

La cara del hombre tenía muchas venillas rotas. Los ojos eran lechosos y le faltaban los dientes delanteros. Un hilillo de jugo de tabaco resbalaba por su barbilla y su barba castaña. Apretó más aún su presa sobre el cuello de Starbuck.

—¿Algún parentesco, menda?

Tampoco era posible negar aquello. Había una carta de su padre en la cartera de bolsillo que muy pronto iba a ser encontrada, de modo que Starbuck no esperó a la revelación y se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Soy su hijo.

El hombre soltó la corbata de Starbuck y aulló como un piel roja de teatro.

—¡Es el hijo de Starbuck! —comunicó triunfal a la multitud—. ¡Hemos pillado al hijo de Starbuck!

Y Starbuck se encontró en un aprieto, porque existían pocos nombres más a propósito para enfurecer a una multitud sureña. El nombre de Abraham Lincoln lo habría conseguido de sobra, y los de John Brown y Harriet Beecher Stowe bastarían para inflamar a aquel gentío; pero, excluidas esas luminarias, el nombre del reverendo Elial Joseph Starbuck era el siguiente mejor situado para hacer estallar la furia de una multitud sureña.

Porque el reverendo Elial Starbuck era un afamado enemigo de las aspiraciones del Sur. Había consagrado su vida a la abolición de la esclavitud, y tanto en sus sermones como en sus artículos de prensa atacaba sin piedad al régimen esclavista sureño: se burlaba de sus pretensiones, fustigaba su moral e ironizaba sobre sus argumentos. La elocuencia del reverendo Elial sobre la causa de la libertad de los negros había hecho famoso su nombre, no sólo en América, sino en cualquier lugar donde personas cristianas leyeran sus periódicos y rezaran a su Dios, y ahora, en el día en que la noticia de la caída de Fort Sumter traía revolucionado al Sur, una multitud se había apoderado, en Richmond, Virginia, de uno de los hijos del reverendo Elial Starbuck.

Bien es cierto que Nathaniel detestaba a su padre. No

quería tener nada que ver con su progenitor nunca más, pero la multitud no podía saberlo, y nadie habría creído a Starbuck de habérselo dicho. El humor de aquel gentío se agrió, y empezaron a oírse voces que pedían venganza contra el reverendo Starbuck y sus descendientes. Clamaban venganza, la exigían con aullidos. La multitud también iba aumentando a medida que más personas de la ciudad se enteraban de la noticia de la caída de Fort Sumter y se unían a la conmoción que celebraba la libertad y el triunfo del Sur.

–¡Colgadlo! –gritó un hombre.

–¡Es un espía!

–¡Un amante de los negros!

Una boñiga de caballo salió volando hacia los presos, aunque quien recibió el impacto fue el dentista.

–¿Por qué no se habrá quedado usted en Boston? –se lamentó el dentista.

La multitud se abalanzó hacia los prisioneros, y luego se detuvo, como incierta de lo que quería exactamente de sus cautivos. Pronto destacó un puñado de cabecillas entre el anonimato del gentío, y esos cabecillas pidieron a gritos a la gente que tuviera un poco de paciencia. El carro prestado había ido a buscar alquitrán de la cuadrilla que reparaba la carretera, se aseguró a la multitud, y mientras tanto se había conseguido un saco de plumas de una fábrica de colchones de la vecina Virginia Street.

–¡Vamos a dar a estos «caballeros» una lección! –aulló el hombre gordo de la barba a los dos prisioneros–. Los yanquis os creéis mejores que nosotros los sureños, ¿eso os creéis! –Cogió un puñado de plumas y las dejó caer sobre la cabeza del dentista–. Más altos y más fuertes, ¿a que sí?

–Sólo soy un dentista, señor, y he estado practicando mi oficio en Petersburg.

Burroughs intentaba abogar por su causa con dignidad.

–¡Es un dentista! –gritó el hombre gordo, jubiloso.

–¡Arráncale los dientes!

Otra ovación anunció el regreso del carromato prestado, cargado ahora con una gran tina negra llena de alquitrán humeante. El carro se detuvo con estrépito junto a los dos prisioneros, y el hedor del alquitrán se sobrepuso incluso al olor de tabaco que impregnaba toda la ciudad.

–¡El cachorro de Starbuck primero! –gritó alguien, pero o bien se impuso la idea de que la ceremonia había de seguir el orden de las capturas, o bien los cabecillas deseaban reservar lo mejor para el final, porque Morley Burroughs, el dentista de Filadelfia, fue el primero en ser desatado de los barrotes y empujado hacia el carromato. Se resistió, pero no era rival para aquellos hombres forzudos y fue izado a la caja del vehículo, que ahora iba a servir de escenario improvisado.

–Luego te tocará a ti, yanqui. –El hombre pequeño con gafas que fue el primero en descubrir la identidad de Starbuck había ido a colocarse al lado del bostoniano–. ¿Y qué es lo que estás haciendo aquí?

El tono del hombre había sido casi amistoso, y Starbuck, pensando que quizás había encontrado un aliado, le contestó la verdad.

–He escoltado a una dama hasta esta ciudad.

–¿Una dama? ¡Vaya! ¿Qué clase de dama? –preguntó el hombre pequeño. Una puta, pensó Starbuck con amargura, una tramposa, una mentirosa y una perra, pero ¡Dios!, lo enamorado que había estado de ella, cómo la había adorado y cómo había permitido que ella lo despidiera con un simple gesto del dedo meñique, y arruinara su vida dejándolo ahora compuesto, sin dinero y sin hogar en Richmond.

–Le he hecho una pregunta –insistió el hombre.

–Una dama de Luisiana –contestó Starbuck en tono suave–, que me pidió que la escoltara desde el Norte.

–¡Será mejor que reces para que venga deprisa y te salve, antes de que Sam Pearce te ponga las manos encima! –rio el hombrecillo de las gafas.

Estaba claro que Sam Pearce, el hombretón de la cara roja y la barba, se había convertido en el maestro de ceremonias; ahora supervisaba el proceso de desnudar al dentista de su levita, chaleco, pantalones, camisa y camiseta, dejando a Morley Burroughs humillado a la luz del día, sólo con los calcetines y unos calzoncillos largos que se le dejó conservar puestos por deferencia al pudor de las damas espectadoras. Sam Pearce hundió ahora un cucharón de mango largo en la tina y lo sacó goteando un alquitrán caliente y espeso. La multitud le ovacionó.

–¡Duro con él, Sam!

–¡Úntalo bien!

–¡Dale a ese yanqui una lección, Sam!

Pearce volvió a sumergir el cucharón en la tina, y revolvió despacio el alquitrán antes de levantar de nuevo el cazo bien cargado de aquella sustancia humeante, negra y espesa. El dentista forcejeó, pero dos hombres lo empujaron hacia la tina y le obligaron a inclinarse sobre la boca humeante, de modo que su espalda rolliza, blanca, desnuda, quedó expuesta al rostro sonriente de Pearce, que hizo gravitar la ardiente masa de alquitrán sobre su víctima.

Hubo un silencio expectante en la multitud. El alquitrán pareció dudar un instante, y luego goteó sobre la nuca calva del dentista. El dentista gritó al sentirse escaldado por aquella sustancia hirviente. Dio un tirón para zafarse,

pero lo sujetaron con más fuerza y la multitud, liberada de la tensión por su grito, lo ovacionó.

Starbuck miraba, y olía el hedor acre y punzante del líquido viscoso que resbaló más allá de las orejas del dentista hasta sus rollizos hombros blancos. La brea humeaba en el cálido aire primaveral. El dentista lloraba, imposible decir si por la ignominia o por el dolor, pero a la multitud le importaba muy poco; todo lo que sabían era que un norteño sufría, y eso les bastaba para disfrutar.

Pearce sacó otra gran cucharada de la tina. El genitio gritó para que lo vertiese, las rodillas del dentista se doblaron y Starbuck se estremeció.

—Tú eres el siguiente, chico. —El curtidor se había acercado y ahora se colocó al lado de Starbuck—. Tú eres el siguiente...

De pronto, levantó el puño y lo lanzó contra el estómago de Starbuck, provocando la salida explosiva del aire de los pulmones del joven, que dio un salto espasmódico contra sus ataduras. El curtidor se echó a reír.

—Vas a sufrir, menda, vas a sufrir.

El dentista gritó otra vez. Un segundo hombre había saltado a lo alto del carretón para ayudar a Pearce a extender el alquitrán. El segundo hombre usaba una pala de mango corto con la que levantó una masa de brea espesa y negra de la tina.

—¡Guarda un poco para Starbuck! —gritó el curtidor.

—¡Aquí hay de sobra para los dos, chicos!

El nuevo verdugo esparció la palada de alquitrán por la espalda del dentista. El dentista, todavía de rodillas, se encogió y aulló; luego lo incorporaron y vertieron más alquitrán sobre su pecho, de modo que goteara sobre su vientre y sus calzoncillos blancos. Hilillos de aquella sustancia vis-

cosa recorrían sus sienes, resbalaban por la cara y bajaban por la espalda y los muslos. Tenía la boca abierta y torcida, pero aunque lloraba, ahora no emitía ningún sonido. La multitud se burlaba al verlo así. Una mujer estaba doblada sobre sí misma, incapaz de contener las carcajadas.

–¿Dónde están las plumas? –gritó otra mujer.

–¡Conviértelo en un pollo, Sam!

Vertieron más alquitrán hasta que toda la parte superior del cuerpo del dentista quedó cubierta de aquella sustancia negra y reluciente. Sus verdugos lo habían soltado, pero estaba demasiado agobiado para intentar escapar ahora. Además, sus pies calzados con calcetines habían quedado adheridos a sendos charcos de alquitrán, y todo lo que podía hacer por sí mismo era tratar de apartar la asquerosa pringue de los ojos y la boca, mientras sus atormentadores acababan su tarea. Una mujer se llenó el delantal de plumas y subió al carretón, y allí, en medio de grandes ovaciones, las plumas fueron esparcidas sobre el humillado dentista. Estaba allí, embadurnado de negro, emplumado, humeante, boquiabierto, patético, y a su alrededor la multitud aullaba, se burlaba, abucheaba. Algunos negros que miraban desde la acera del otro lado de la calle se retorcían de risa, mientras que el clérigo que había protestado con tanto patetismo al principio se esforzaba ahora en no sonreír ante lo ridículo del espectáculo. Sam Pearce, el maestro de ceremonias, arrojó un último puñado de plumas que se adhirieron a la brea que empezaba a enfriarse y solidificarse, y luego dio un paso atrás y presentó con un floreo orgulloso de la mano al dentista. La multitud le ovacionó de nuevo.

–¡Sam! ¡Vamos, Sam, hazle cacarear, ! ¡Hazle cacarear como una gallina!

El dentista fue empujado repetidamente con la pala de mango corto hasta que emitió una imitación patética del cloqueo de una gallina.

—¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

De nuevo agujonearon al doctor Burroughs, y esta vez consiguió emitir aquel mísero sonido con la potencia suficiente para satisfacer a la multitud. Los ecos de las risas de las casas vecinas llegaron hasta el río cercano, donde los costados de las gabarras se entrechocaban en el muelle.

—¡Trae al espía, Sam!

—¡Dale una buena!

—¡Enséñanos al bastardo de Starbuck!

Los hombres se apoderaron de Starbuck, lo desataron y lo arrastraron hacia el carretón. El curtidor les ayudó, mientras seguía dando puñadas y puntapiés al indefenso Starbuck, le escupía todo su odio y se burlaba de él, anticipando la humillación que iba a recibir el cachorro de Elial Starbuck. Pearce había encajado el sombrero de copa del dentista en la cabeza grotesca, embadurnada de alquitrán y emplumada, de su propietario. El dentista temblaba y sollozaba en silencio.

Starbuck recibió un fuerte empujón y fue a chocar contra la rueda del carromato. Varias manos lo agarraron desde arriba, lo cogieron del cuello y lo izaron. La gente también lo aupaba desde abajo, y su rodilla tropezó con la tabla del costado; por fin quedó tendido sobre la caja del carromato, con la mano metida en un charco de brea caliente derramada. Sam Pearce ayudó al joven a ponerse de pie, y mostró su cara ensangrentada a la multitud.

—¡Aquí lo tenemos! ¡El bastardo de Starbuck!

—¡Despelléjalo, Sam!

—¡Dale duro, Sam!

Pearce obligó a Starbuck a agachar la cabeza sobre la tina, hasta quedar a escasos centímetros de la superficie del líquidoapestoso. La tina no tenía ya debajo los carbones que calentaban la brea, pero era lo bastante grande y estaba lo bastante llena para retener casi todo su calor. Starbuck intentó apartarse cuando se formó una burbuja justo debajo de su nariz ensangrentada. La burbuja se deshizo con un gorgoteo perezoso, y Pearce tiró de nuevo del pelo del joven hasta dejarlo erguido.

–Fuera esas ropas, menda.

Muchas manos tironearon de la levita de Starbuck, desgarraron las mangas y rasgaron la espalda de arriba abajo.

–¡Déjalo en pelota brava, Sam! –gritó una mujer, excitada.

–¡Dale a su padre un tema para predicar!

Un hombre daba saltos al lado del carromato. Junto a él había un niño con las manos en la boca y los ojos brillantes, sin perder detalle. El dentista, sin que nadie le prestara atención ahora, se había sentado en la caja del carretón y patética e inútilmente intentaba rascar el alquitrán caliente de su piel despellejada.

Sam Pearce revolvió el contenido de la tina. El cortidor escupía una y otra vez a Starbuck mientras un hombre de pelo gris hurgaba en la cintura de Starbuck para desabrocharle los pantalones.

–No te atrevas a mearme encima, chico, o te dejo sin nada con lo que poder mear.

Bajó los pantalones de Starbuck hasta las rodillas, lo que provocó un agudo alarido de aprobación en la multitud.

También sonó un disparo.

El disparo hizo vibrar el aire quieto de aquel cruce de calles, y asustó a una veintena de pájaros, que emprendieron

el vuelo desde los techos de los almacenes que flanqueaban Shockoe Slip. La multitud se giró. Pearce hizo gesto de desgarrar la camisa de Starbuck, pero sonó un segundo disparo que pareció más fuerte, despertó ecos en los edificios más alejados e hizo que la multitud guardara silencio.

–Vuelve a tocar al chico –dijo una voz lenta, llena de confianza–, y eres hombre muerto.

–¡Es un espía! –intentó defenderse Pearce.

–Es mi invitado.

Quien hablaba iba montado en un caballo negro de buena alzada, y llevaba un sombrero de ala flexible, un chaquetón largo de color gris y botas altas. Empuñaba un revólver de cañón largo, que ahora colocó en una funda sujeta a su silla de montar. Fue un gesto maravillosamente despreocupado, que sugería que no tenía nada que temer de aquel gentío. El ala del sombrero dejaba en sombra la cara del hombre, pero era evidente que había sido reconocido, porque cuando espoleó a su caballo y avanzó por entre la multitud, ésta se apartó para dejarle paso. Le seguía un segundo jinete, que llevaba de las riendas a un caballo sin jinete.

El del caballo negro se detuvo junto al carretón. Se alzó el sombrero unos centímetros con la punta de una fusta de montar, y se quedó mirando con incredulidad a Starbuck.

–¿Eres Nate Starbuck, no?

–Sí, señor. –Starbuck temblaba.

–¿Te acuerdas de mí, Nate? Nos vimos en New Haven el año pasado.

–Claro que me acuerdo, señor.

Starbuck temblaba, pero más de alivio que de miedo. Su rescatador era Washington Faulconer, padre del mejor amigo de Starbuck y la persona cuyo nombre había citado antes para librarse de las iras de la multitud.

–Me parece que te estás llevando una impresión equivocada de la hospitalidad virginiana –dijo con voz tranquila Washington Faulconer–. ¡Vergüenza debería daros! –Estas últimas palabras las dirigió a la multitud–. ¡No estamos en guerra con los forasteros en nuestra ciudad! ¿Qué es lo que sois? ¿Salvajes?

–¡Es un espía! –El curtidor hizo un último esfuerzo por restablecer la supremacía de la multitud.

Washington Faulconer se volvió despectivo al hombre.

–¡Y tú un tonto del culo! ¡Os estáis comportando como yanquis, todos vosotros! Puede que en el Norte quieran una populachocracia, pero nosotros no. ¿Quién es ese hombre?

Señaló con la fusta al dentista.

El dentista era incapaz de hablar, de modo que Starbuck, libre de las garras de sus enemigos y con los pantalones felizmente abotonados de nuevo a su cintura, respondió por su compañero de desdicha.

–Se llama Burroughs, señor. Es un dentista que estaba de paso en la ciudad.

Washington Faulconer miró a su alrededor hasta que vio a dos caras conocidas en el gentío.

–Llevad al señor Burroughs a mi casa. Haremos lo que podamos para desagraviarlo.

Y después de esa reprimenda indirecta a la multitud abochornada, se volvió de nuevo a Starbuck y le presentó a su compañero, un hombre de cabellos oscuros y pocos años mayor que el propio Starbuck:

–Éste es Ethan Ridley.

Ridley llevaba de la brida al caballo sin jinete, y ahora lo arrimó a la caja del carromato.

–¡Monta, Nate! –urgió Washington Faulconer a Starbuck.